

IGNACIO AMESTOY

*LA PUERTA ESTÁ ABIERTA*

**PERSONAJES**

LIDIA, psicóloga

ANA, la hija

ROSA, la madre

TATA

*La orilla de un río. Un banco de madera. Un sauce. LIDIA y ANA se acercan al banco. LIDIA trae un bastón-silla y un gran bolso. ANA lleva una caña de pescar, una pequeña red y una cesta.*

LIDIA. Nuestro río sigue bajando caudaloso.

ANA. ...

LIDIA. Se está fundiendo la nieve en la montaña más rápidamente que el año pasado.

ANA. ...

LIDIA. Ha hecho calor los últimos días.

ANA. ...

LIDIA. Pero el agua está fría...

ANA. ...

LIDIA. Mejor para los peces.

ANA. ¿Tendré una buena tarde?

LIDIA. Querida Ana, las está teniendo buenas.

ANA. ...

LIDIA. ¿Cuántos peces pescó ayer?

ANA. ...

LIDIA. ¡Dos!

ANA. Dos, sí.

LIDIA. Y anteayer, uno.

ANA. Sí, uno.

LIDIA. A ver cómo se nos da hoy...

ANA. ...

LIDIA. Seguro que es una buena tarde.

ANA. No he podido dormir la siesta.

LIDIA. Mejor. Así esta noche dormirá bien.

ANA. Anoche no he dormido bien.

LIDIA. Unas noches se duerme bien y otras se duerme peor.

ANA. No he podido dejar de pensar en ella...

LIDIA. ¿En ella?

ANA. En mi madre.

LIDIA. Pero ya ha llegado el día...

ANA. No ha venido aún... Estará llegando... Después de la siesta...

LIDIA. Después de la siesta y antes de la merienda. Durante el paseo.

ANA. Y, luego, se irá.

LIDIA. Antes de la merienda.

ANA. Antes de la merienda.

LIDIA. Al acabar el paseo.

ANA. Me gusta pescar.

LIDIA. Le está cogiendo el tranquillo.

ANA. Se tira la caña y... El destino... Son los propios peces los que se arriesgan... Ellos saben...

LIDIA. ¿Su destino?

ANA. Los peces pequeños me dan pena. Todavía no saben...

LIDIA. Pero siempre los devuelve al río.

ANA. Para que crezcan... Para que sepan...

LIDIA. Es lo que hacen los buenos pescadores.

ANA. Mejor que no viniera.

LIDIA. ¿Que no viniera...?

ANA. Mi madre...

LIDIA. Querida Ana...

ANA. Mejor, mucho mejor, que no viniera.

LIDIA. Pero usted ha pedido esta visita...

ANA. Yo, no...

LIDIA. No estaba muy convencida, pero...

ANA. No.

LIDIA. ...pero don Eduardo le insistió y usted...

ANA. ¿Me ayuda a echar la caña?

LIDIA. ¡Ya la trae preparada!

ANA. No...

LIDIA. ¿Qué le falta?

ANA. El gusano.

LIDIA. Vuelve al gusano...

ANA. No quiero engañarles... A los peces...

LIDIA. Con el gusano también se les engaña.

ANA. Es su recompensa... Tras arriesgarse...

LIDIA. Tras caer en la trampa.

ANA. Si caen en la trampa...

LIDIA. Si caen en la trampa...

ANA. Hay que ensartar bien el gusano en el anzuelo.

LIDIA. Está aprendiendo mucho...

ANA. He encontrado en la biblioteca un libro...

LIDIA. Se está haciendo una experta.

ANA. Cuando salga de aquí...

LIDIA. Ya pronto saldrá de aquí.

ANA. Algunos peces son muy listos... Se comen el gusano... Y evitan el anzuelo...

LIDIA. Saber sobrevivir...

ANA. Muchas veces, no se quiere sobrevivir...

LIDIA. Siempre se quiere sobrevivir...

ANA. ...y se muerde el anzuelo...

LIDIA. Muerden, porque se engañan.

ANA. ¿Yo me estoy engañando?

LIDIA. Ya está preparada...

ANA. Sí.

LIDIA. ¡Suerte!

ANA. Nuestra suerte será su desgracia.

LIDIA. O no.

ANA. O no.

LIDIA. ¡A ver! ¡Una, dos y...!

ANA. ¡Tres!

LIDIA. No es mal sitio donde ha dejado el anzuelo.

ANA. Sí, parece un buen sitio.

LIDIA. En el centro del río.

ANA. En medio del río.

LIDIA. Ahora, a esperar.

ANA. A esperar.

LIDIA. ¡Atenta!

ANA. Atenta... ¿Se ha traído su novela?

LIDIA. No la puedo dejar.

ANA. ¿Me acerca la silla?

LIDIA. Se sentará al lado de la caña...

ANA. Hoy, sí... Ahora, sí...

LIDIA. Hoy no quiere que le lea.

ANA. Ahora, no.

LIDIA. Le gusta esta silla.

ANA. Sí, es una silla activa...

LIDIA. ¿Activa?

ANA. En la guardería yo tenía una silla azul...

LIDIA. Esta silla es muy útil... Sobre todo, en el campo.

ANA. Una silla azul...

LIDIA. Esta silla no es azul.

ANA. La maestra me quería mucho... La señorita Mary.

LIDIA. ¿Está cómoda?

ANA. ...

LIDIA. Bien que haya decidido ponerse esa rebeca...

ANA. ¿Qué estaba recordando? Era muy bonito...

LIDIA. La silla de su guardería...

ANA. Estoy sintiendo a los peces, activos y silenciosos... No hagamos ruido...

(...)

*Entra ROSA.*

LIDIA. Ana, su madre ha llegado.

ANA. Hay un pez dando vueltas alrededor del anzuelo.

LIDIA. Ana, su madre ya está aquí.

ANA. Estoy atenta.

ROSA. Buenas tardes.

LIDIA. Señora, soy Lidia Cerbero, psicóloga, acompaño a Ana.

ANA. El pez no deja de dar vueltas alrededor del anzuelo.

ROSA. Me han hablado de usted.

LIDIA. No muy bien, supongo...

ROSA. ¡No, no! Muy bien...

LIDIA. Don Eduardo...

ROSA. Don... Eduardo.

ANA. La corriente es hoy muy fuerte...

LIDIA. No les voy a dejar a solas.

ROSA. ¿Es la norma?

LIDIA. No les molestaré... De todas maneras, si me necesitan... Soy un buen bombero...

ROSA. No nos deja a solas.

LIDIA. No.

ANA. Hoy no va ser mi día, Lidia.

LIDIA. Seguro que sí...

ANA. ¿Cuántos pesqué ayer?

LIDIA. Dos. Y anteayer, uno.

ANA. No querría pescar ningún pez pequeño...

LIDIA. Su madre está aquí, Ana.

ANA. Muy bien.

LIDIA. Su madre es muy elegante.

ANA. No se vaya muy lejos, Lidia.

LIDIA. No me voy de aquí. Estaré en el banco. Leyendo...

ANA. Me ha prometido que, cuando lo acabe, me leerá su estudio.

LIDIA. Le leeré mi comunicación. Se lo he prometido.

(...)

ROSA. Hola, hija.

ANA. La corriente se quiere llevar el anzuelo...

ROSA. No sabía que te interesara la pesca...

ANA. La corriente hoy es muy fuerte.

ROSA. Mal día para pescar... Supongo...

ANA. ...

ROSA. Los peces huirán de la corriente...

ANA. ...

ROSA. Huirán...

ANA. La vida del pez en el río es nadar contracorriente.

ROSA. Hola, Ana.

ANA. Contracorriente.

ROSA. Hola, Ana.

ANA. En la guardería yo tenía una silla roja.

ROSA. ¿Te acuerdas?

ANA. Hay un pez dando vueltas alrededor del anzuelo.

ROSA. Hola, Ana.

ANA. Hay un pez...

ROSA. Hola, hija...

ANA. ...dando vueltas alrededor del anzuelo.

ROSA. Hola, Ana Martínez.

ANA. Hola, Rosa Martínez.

ROSA. Hola.

ANA. Hola.

ROSA. Estoy escribiendo un libro...

ANA. ...

ROSA. ...y no me sale.

ANA. No te creo.

ROSA. Un libro de ficción...

ANA. ¿Por qué has dejado el periodismo?

ROSA. No lo he dejado.

ANA. Sí, claro, Rosa Martínez nunca deja nada.

ROSA. Algunos artículos...

ANA. En la guardería yo tenía una silla azul.

ROSA. La guardería... La señorita Mary...

ANA. ¡Tú no pisaste nunca aquella guardería!

ROSA. Te llevaba y te traía la Tata.

ANA. No pisaste nunca aquella guardería...

ROSA. ...

ANA. Yo sí pisé el colegio...

ROSA. ...

ANA. Yo sí...

ROSA. Estuve contigo día y noche... Después del accidente...

ANA. Hasta que desperté... Y te eché...



ROSA. Me alegra mucho verte recuperada.

ANA. Tuviste miedo a mi muerte.

ROSA. Tengo miedo a todo.

ANA. ¿Sí? Entonces, nos vamos pareciendo...

ROSA. Por eso estoy aquí.

ANA. ¡Déjame pescar!

ROSA. ¿Cómo dices?

ANA. Que estoy pescando...

ROSA. He venido a verte, a hablar contigo, a hablar con mi hija.

ANA. Estoy pescando.

(...)

LIDIA. Siéntese a mi lado, aquí, en el banco, un rato...

ROSA. Gracias.

LIDIA. Si quiere, leo en alto.

ROSA. No, no... No se moleste...

LIDIA. No es ninguna molestia.

ROSA. ¿Qué lee?

LIDIA. El *Quijote*.

ROSA. ¡No me diga! ¿Es una broma? ¡Es usted muy bromista!

LIDIA. No, no, estoy leyendo el *Quijote*, de cabo a rabo.

ROSA. ¿Por algún motivo especial?

LIDIA. ¡Por obligación! ¡Una obligación que me he impuesto! Preparo una comunicación..., para un congreso..., sobre la esquizofrenia. No sé... Igual es un error...

ROSA. ¿Era don Quijote un esquizofrénico?

LIDIA. No lo tengo muy claro. En ello estoy.

ROSA. Por lo de Dulcinea y Aldonza..., y todo eso...

LIDIA. Y todo eso... ¡La mujer y don Quijote! ¡La mujer! Es lo que interesa en los congresos de hoy. Si no fuera por Dulcinea hoy no importaría Cervantes.

ROSA. ¡El género! Ya, ya, ya...

LIDIA. Sé que exagero...

ROSA. Algo he leído. Foucault, la multiculturalidad, las minorías, las identidades, la muerte del autor, la sociedad creadora, la propiedad,

los neofreudianos, la mujer... ¡el género! No hace mucho, hice una entrevista al director de la Tate Modern...

LIDIA. Usted sabe mucho...

ROSA. He sido periodista... Bueno, soy periodista... Los periodistas sabemos y no sabemos.

LIDIA. Periodista y novelista.

ROSA. Novelista y periodista. Sí, bueno, periodista y novelista.

LIDIA. He leído su novela...

ROSA. Mi primera y única novela...

LIDIA. Me ha interesado... Mucho... La acabo de leer... La relación entre la madre y la hija... Me sentí identificada con la hija.

ROSA. La hija era Ana, la madre era yo. Usted es de la generación de Ana. Las de mi generación se identifican conmigo; con la madre, quiero decir.

LIDIA. Me gusta cómo escribe usted. También le he leído en su periódico... No se prodiga...

ROSA. Hay épocas...

LIDIA. ¡Y dejó de aparecer en la televisión!

ROSA. Ya soy demasiado culta, o seria, o vieja, para la televisión que se hace ahora. Nosotros empezamos a acanallarla. Ya está acanallada. Y los que somos un poco escrupulosos no servimos para la televisión global. Entre Foucault y la Coca-Cola ahora sí que estamos alienados, alejados del mundo mundial... Así que Dulcinea y Aldonza...

LIDIA. ¡La mujer! ¿Sabe? ¡Dulcinea y Aldonza! ¡Cuanto más profundizo en el universo de Cervantes, me interesan cada vez menos!

ROSA. Pues, mal la veo... O no lo diga muy alto. Si no, sus colegas la crucificarán por heterodoxa, como a Cristo.

LIDIA. ¿Ha leído usted el *Quijote*?

ROSA. ¿Qué? Bueno, sí, claro, lo leí. De joven... No, mentira. He leído partes... No lo ha leído ni Dios...

LIDIA. Me quedan los últimos capítulos de la segunda parte...

ROSA. La segunda parte, 1615. ¡La mejor!, dicen. Es de la que más he leído. La muerte de don Quijote. «Dio su espíritu: quiero decir que se murió». ¡La hostia!

LIDIA. Bueno, bueno..., no me cuente el final...

ROSA. Cervantes publica la segunda parte un año antes de morir. En 1616, el 23 de abril, la cascan los dos genios, Cervantes y Shakespeare. ¡El mismo día! Después de ellos, todo ha sido plagio.

LIDIA. ¡Me asombra! Estoy yo aquí con mi *Quijote* y la esquizofrenia...

ROSA. La que se asombra soy yo. ¡Una persona que está acabando de leer el *Quijote*! Y que va a dar una conferencia...

LIDIA. Redactar una simple comunicación...

ROSA. Y que va redactar una simple comunicación sobre «La esquizofrenia del *Quijote*»... ¡La asombrada soy yo!

(...)

ANA. ¡Ha picado, ha picado!

LIDIA. ¡Calma, Ana! ¡Hay que tener cuidado! ¡No se ponga nerviosa!

ROSA. Sabe de pesca... Usted ha sido la que le ha introducido...

LIDIA. ¿Yo, de pesca? Ha sido ella...

ANA. ¡Está tirando! ¡Tira fuerte! ¡Debe de ser grande!

LIDIA. ¡Calma! ¡Si tira fuerte, todavía más calma! ¡Recoja, poco a poco!

ANA. Ya estoy recogiendo... ¡No puedo con él! ¡Se me va a escapar!

LIDIA. Yo aguardo con la red. ¡Estoy preparada!

ANA. Se revuelve...

LIDIA. ¡Vaya recogiendo!

ANA. No puedo. Temo perderlo.

LIDIA. ¡Recoja!

ANA. ¡Le haré caso!

LIDIA. ¡Espacio!

ANA. ¡Está muy lejos!

LIDIA. ¡Así! ¡Muy bien!

ANA. ¡No puedo recoger más! ¡No me deja! ¡Tiene mucha fuerza!

LIDIA. ¡Mire cómo salta! ¡Es enorme!

ANA. Sí. Es el más grande que he pescado.

LIDIA. ¡Sí! ¡Pero todavía no lo ha pescado!

ANA. ¡Todavía, no!

LIDIA. Parece que se da por vencido...

ANA. ¡Pero no me deja recoger más!

LIDIA. ¿Quiere que recoja yo?

ANA. ¡No! ¡Ya voy...!

LIDIA. ¡Bien, así!

ANA. ¡Tranquilo, pececillo!

LIDIA. Lentamente.

ANA. Debe de estar agotado.

LIDIA. ¡Un buen ejemplar!

ANA. ¡Vuelve a tirar! ¡Con más fuerza!

LIDIA. ¡Ha vuelto a saltar por encima del agua!

ANA. ¡Cabrón, no te vayas!

LIDIA. ¡Salta otra vez! ¡Este no quiere morir!

ANA. Ser o no ser...

LIDIA. ¡Se ha soltado del anzuelo en el aire!

ANA. ¡Cabrón, cabrón, cabrón!

(...)

ROSA. ¡Bravo, bravo, bravo! ¡Qué espectáculo! ¡Hacía tiempo que no veía nada parecido!

ANA. ¡Zorra, lárgate de aquí! ¡No me das suerte! ¡Eres mi maldición! ¡Lárgate, no quiero verte! ¡No tenía que haber consentido esta visita!

LIDIA. ¡Ana, por favor!

ROSA. ¿Pero qué he dicho?

LIDIA. ¡Ana, no ha pasado nada!

ANA. ¡Sí ha pasado! ¡No se ponga de su parte! ¿Porque le ha hablado de Cervantes y de Shakespeare, le va a lamer los pies?

LIDIA. Querida Ana, cálmese. Un pez se ha soltado, nada más. Como otras veces.

ANA. No ha sido como otras veces... Es una buena historia para contarla en tu próximo libro, ¿verdad, Rosa Martínez? Eres basura; más que basura; mierda, eres mierda. Y me manchas con tu mierda. Siempre me has manchado con tu mierda. No me limpiaré nunca. Huelo a ti, huelo a tu mierda.

ROSA. ¿Qué estás diciendo? ¡No te permito que me hables así! ¡Puedo aguantar que no quieras saber nada de tu madre, porque soy tu madre, seré siempre tu madre, hasta después de muerta seré tu madre, pero no te tolero lo que acabas de decir!

ANA. Me has pegado, te has atrevido a pegarme. Lidia, me ha pegado...

LIDIA. Querida Ana...

ANA. ...

LIDIA. No lo tenía que haber hecho.

ROSA. ¿Qué tenía que haber hecho, según la psicóloga?

LIDIA. Tal vez, marcharse.

ROSA. ¿Quiere que me marche?

LIDIA. Tal vez sea lo mejor.

ROSA. He venido a hablar con mi hija. No a hablar de Cervantes con usted. Que no sé quién es usted. Ni me importa.

LIDIA. Cuido de su hija.

ROSA. Supongo que yo soy la que le pago por ello.

LIDIA. ¿El que paga manda? No creo que sea esa la cuestión.

ROSA. ¿Cuál es la cuestión?

LIDIA. ¿No ve cómo está su hija? ¿Le tengo que contar lo que le ha pasado?

ROSA. Igual le tengo que contar yo a usted lo que me ha pasado a mí.

LIDIA. Yo estoy aquí para cuidarla a ella.

ROSA. Puedo cuidar yo de ella, mejor que usted.

LIDIA. Quizá. Pero, mientras yo sea responsable de ella, yo seré su cuidadora. ¿Vamos a la residencia, Ana?

ANA. No.

LIDIA. Vamos.

ANA. No... No quiero ir a la residencia... Tenemos que seguir pescando... Todavía no es la hora de la merienda...

LIDIA. No, todavía no es la hora de la merienda.

ANA. En la guardería tenía una sillita azul...

LIDIA. ¿Está bien?

ANA. ...

LIDIA. ...

ANA. ¿Qué ha pasado? No recuerdo...

LIDIA. Vamos al banco... ¿Quiere?

ANA. ...

LIDIA. ...

ANA. En la guardería tenía una sillita azul.

ROSA. Enternecedor.

LIDIA. A veces tiene vacíos...

ROSA. Todos tenemos vacíos...

LIDIA. ¡No sea cruel!

ROSA. Perdóneme...

LIDIA. Ella es la que la tiene que perdonar.

ROSA. Así estamos...

LIDIA. Es lo que hay.

(...)

LIDIA. Pronto será la hora de la merienda.

ANA. Tenemos que seguir pescando...

LIDIA. Todavía tenemos tiempo...

ANA. El pez se ha escapado.

LIDIA. Se ha escapado.

ANA. Era grande.

LIDIA. Muy grande.

ANA. Estará nadando por el río.

LIDIA. Curándose su herida.

ANA. Curándose su herida.

ROSA. A tu abuelo le gustaba la pesca. Era un buen pescador. Además de cazador. Conservé las escopetas de caza; no, las cañas de pescar. Sí, yo creo que le gustaba más la pesca que la caza. A las cacerías iba por obligación, por sus negocios, para verse con este y con aquel... En alguna ocasión, le acompañé, de pesca. Un verano que fuimos a la montaña. Era una pesadez. Pero a él le gustaba. El silencio. La naturaleza. El agua. ¡Las vedas! ¡Respetaba las vedas! Era un ecologista *avant la lettre*. ¿Qué habría sido hoy tu abuelo? ¿Habría sido un ecologista? ¡Sí, habría sido un activo ecologista!

ANA. Tenemos que seguir pescando. Hoy es un buen día. El pez grande nos puede estar esperando.

LIDIA. ¿Está con ánimos?

ANA. No podemos desaprovechar la tarde. ¡Ayúdeme!

LIDIA. Vamos.

ANA. Comencemos de nuevo...

LIDIA. Yo recojo el sedal... No parece que se haya liado con ninguna planta... Ya está.

ANA. ¿El anzuelo está bien?

LIDIA. Parece que sí... ¡Sin gusano! Usted sabe más...

ANA. Sí, parece que está bien... Voy a ponerle el gusano... Hay que ensartar bien el gusano en el anzuelo...

LIDIA. Antes lo debió ensartar muy bien.

ANA. Voy aprendiendo. La vida es eso, ¿no?, aprendizaje. Pero, ¿para qué?

LIDIA. Para pescar.

ANA. Vamos a ver, gusanito, a quién seduces...

ROSA. «No mire vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y, con todo eso, corren felicísimamente su carrera, y se escuchan no solo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir; que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol».

ANA. No se vaya de mi lado.

LIDIA. Estoy a su lado.

ROSA. ¡Los despropósitos llenan los talegos! No ha cambiado mucho el mundo... ¿Eh, Lidia?

LIDIA. Es la virtud de Cervantes...

ANA. Le ha cogido el libro.

LIDIA. En algo se tiene que entretener.

ANA. No he tirado bien la caña...

LIDIA. No está mal.

ANA. ¿Usted cree? En esa zona hay demasiadas yerbas, y esos juncos...

LIDIA. Igual no es mala zona para los peces...

ANA. Mi abuelo..., el pescador..., me regaló un osito blanco... El osito White...

ROSA. No se tiene muy en cuenta la presencia de la mujer en el *Quijote*... Cuando la mujer está siempre presente...

LIDIA. ¿Usted cree?

ROSA. Lo creo... Tendría que tenerlo en cuenta para su comunicación...

LIDIA. Puede ser un buen enfoque...

ROSA. Piénselo.

LIDIA. Ya lo estoy pensando.

ROSA. Y no lo digo solamente por Dulcinea y Aldonza...

LIDIA. Ya...

ROSA. «No mire vuesa merced en niñerías...»

LIDIA. Más de un pez parece que merodea alrededor del anzuelo. El corcho se mueve mucho.

ANA. Mi abuelo me quiso más que mi abuela. A mi abuela no le gustó que ella no se casara, y que me tuviera sin casarse. Mi abuelo, con todo, era más liberal. El osito White me hizo mucha compañía. Sobre todo, después de que ella me quitara a Borges...

LIDIA. ¿Borges?

ANA. Tuve un perro al que ella le llamó Borges... Primero me lo dio y luego me lo quitó.

LIDIA. ¿Por qué le llamó Borges?

ANA. Había entrevistado a Borges, en Argentina, para la televisión, y aquello era para ella como el Pulitzer...

ROSA. ¡Le llamé Borges para que Ana se interesara por su literatura! Yo estaba fascinada con *El Aleph* y quería que Ana se fascinase también. Pero le fascinó más el perro como perro que el perro como Borges.

ANA. Se empeñó en que yo entendiera *El Aleph*...

LIDIA. No se mueve nada...

ROSA. No había nada que entender...

ANA. Mi madre siempre ha pensado que yo tenía que ser como ella, una prolongación de ella...

LIDIA. No se parecen físicamente.

ANA. Un buen día, al volver del colegio, me encontré con que Borges había desaparecido. La Tata me dijo que mi madre se lo había llevado, pero que lo traería. Pero Borges no volvió a casa. Lo pasé muy mal. ¿Dónde iría a parar Borges? ¿Lo cuidarían como lo cuidaba yo? Entonces el osito White, que me regaló mi abuelo, fue mi perro. Mi único perro. Yo tenía una silla azul en la guardería.

ROSA. ¡Borges vive todavía!

ANA. ¡Borges...!

ROSA. Se lo pasé a una compañera del periódico. Tú la conoces. María Fuentes. Borges ya está muy mayor. Cuando he ido a la casa de María y le digo a Borges: «Ahora va a venir Ana», se pone nerviosísimo y comienza a ladrar como un loco. No hace tres meses le vi por última



vez y, cuando le dije: «Ahora va a venir Ana», se puso a ladrar como un loco. Como siempre. Está muy mayor. No sé de dónde sacaba fuerzas para ladrar tan fuerte.

ANA. ¡Borges está vivo!

ROSA. Al menos, hace tres meses estaba vivo.

ANA. ¿Lo podría ver?

ROSA. Claro que sí.

ANA. ¿Mamá, no me mientes?

ROSA. ¿Por qué te iba a mentir?

ANA. ¡Borges, vivo!

ROSA. Muy mayor, pero vivo...

ANA. Y cuando tú le dices...

ROSA. «Ahora va a venir Ana»...

ANA. Se pone a ladrar...

ROSA. Como un loco...

ANA. ¡Mamá!

ROSA. Como un loco.

ANA. Quiero verlo, mamá.

ROSA. Podemos verlo cuando quieras.

ANA. ¿De verdad?

LIDIA. ¡Un tirón muy fuerte!

ANA. ¿Un tirón?

LIDIA. Creo que se han comido el cebo.

ANA. Malditos peces.

LIDIA. Ha sido un tirón muy fuerte. Ya nos pasó la semana pasada.

ANA. Vamos a ver... Sí, efectivamente. Se ha comido al gusano. Y eso que esta vez lo coloqué mejor que nunca.

LIDIA. También entre los peces los hay listos y más que listos.

ANA. Acérqueme la caja de los gusanos...

LIDIA. Los gusanos.

ANA. Hay que ensartar bien el gusano en el anzuelo.

LIDIA. Y aun así...

ANA. ¡Vamos a por él! Esta vez, a lo mejor no es tan listo, el listo...

LIDIA. ¿Va a poner el anzuelo en el mismo sitio?

ANA. Lo intentaré.

LIDIA. Parece un buen sitio.

ANA. Vamos a ver quién gana...

LIDIA. Intentémoslo.

ANA. ¡Ahí va!

LIDIA. Casi en el mismo sitio.

ANA. Voy aprendiendo.

LIDIA. Es usted persistente.

ANA. Siempre lo he sido.

ROSA. Eso sí que sí... Ana siempre ha sido muy dura de mollera...  
Cuando se le metía algo entre ceja y ceja...

ANA. En eso sí nos parecemos.

ROSA. ¡Pero si yo soy una blanda!

ANA. ¿Una blanda?

LIDIA. Hay movimiento en torno al anzuelo...

ANA. Estemos atentas...

LIDIA. Parece que ha conseguido llamar a rebato...

ANA. Sí, hay un gran revuelo.

LIDIA. ¡Tendríamos que tener otra caña!

ANA. Al fin, usted también le va a coger afición.

LIDIA. Mire, mire... Es que se les ve... Son pequeños y medianos...  
Una bandada...

ANA. Si son pequeños, mejor que no piquen...

LIDIA. Con otra caña...

ANA. ¡Otra caña! ¡Con lo que me costó que me dejara usted tener esta!  
Y ahora dice...

LIDIA. No tenía ni idea...

ANA. Al poco de estar aquí, cuando usted me llevó al pueblo, para  
que lo conociera, vi que de una tienda salían dos personas con sus  
cañas..., y pensé en estas tardes ante el río...

ROSA. ¡Podría llamar a María Fuentes!

ANA. Son más pequeños que medianos...

LIDIA. ¡Pero vaya manada!

ROSA. ¡Ana, podría llamar a María Fuentes!

ANA. ¿A María Fuentes?

ROSA. Por lo de Borges.

ANA. ...

ROSA. ¿Tú puedes salir de aquí?

LIDIA. No creo que el doctor lo permita por ahora.

ROSA. ¿Y si lo traigo aquí?

LIDIA. ¿A Borges?

ROSA. ¡A Borges!

(...)

LIDIA. No se admiten animales.

ANA. Pero solo sería una visita.

LIDIA. No está permitido.

ANA. ¿Y si se habla con el director?

ROSA. Yo podría hablar con el director.

ANA. Eso, mamá hablará con el director.

LIDIA. Puede hacerlo, no le digo que no. Pero, aquí, las normas son las normas.

ROSA. Hablaré con el director.

ANA. Gracias, mamá.

ROSA. Hablaré con el director.

ANA. En la guardería..., mi sillita era azul...

LIDIA. ...

ROSA. ...

ANA. ...

LIDIA. Vaya con su madre. Yo me quedo aquí.

ANA. Usted se queda...

LIDIA. Si pican, le aviso.

ANA....

ROSA. ...

ANA. ¡Guau!

ROSA. ¡Guau!

ANA. Me traerás a Borges.

ROSA. Si todavía existe, te traeré a Borges.

ANA. ¿Cómo se puede recuperar el pasado?

ROSA. Nunca se recupera el pasado.

ANA. ¿Por qué estás aquí?

ROSA. Quería verte.

ANA. Solo eso.

ROSA. Solo eso.

ANA. Ya me estás viendo.

ROSA. ¿Te estoy viendo?

ANA. Estás viendo lo que soy ahora.

ROSA. Todos somos los que somos ahora.

ANA. No, yo no soy lo que soy ahora...

ROSA. ¿Ahora no eres tú?

ANA. Quiero ser yo.

ROSA. ¿No eres tú?

ANA. No.

ROSA. ¿No?

ANA. Todavía, no.

ROSA. ¿Todavía?

ANA. Sí, todavía.

ROSA. ¿Qué esperas?

ANA. ¡Guau!

ROSA. ¿Esperas algo?

ANA. ¡Guau, guau!

ROSA. ¡Guau!

ANA. ¡Guau!

ROSA. ...

ANA. ...

ROSA. Yo no quiero ser yo.

ANA. Ya es tarde.

ROSA. Nunca es tarde para dejar de ser.

ANA. ¡Guau!

ROSA. ¡Guau!

ANA. Querías verme.

ROSA. Sí, quería verte.

ANA. Yo no quería verte.

ROSA. Me gustas.

ANA. Me ves con buenos ojos.

ROSA. Soy tu madre.

ANA. En otras ocasiones, no te he gustado.

ROSA. Porque no te veía.

ANA. Sí, sí, no me veías.

ROSA. Hay que querer ver, por supuesto.

ANA. Querer ver...

ROSA. Querer.

ANA. Sí, hay que querer.

ROSA. ¡Guau!

ANA. ¡Guau!

ROSA. Te veo muy hermosa.

ANA. Y eso que he dormido muy mal la siesta.

ROSA. Por mi culpa.

ANA. No, por mi culpa.

ROSA. Estás muy hermosa.

ANA. Me quieres ver hermosa.

ROSA. Te quiero ver hermosa.

ANA. No soy hermosa.

ROSA. Te necesito ver hermosa.

ANA. Yo no lo necesito.

ROSA. Algo que nos diferencia.

ANA. ¡Guau!

ROSA. Te traeré a Borges, si me deja el director...

ANA. Y si vive.

ROSA. Y si vive.

ANA. ¡Guau!

(...)

LIDIA. Se han comido otra vez el gusano.

ANA. Estoy descuidando la pesca...

ROSA. ¿Es importante?

ANA. Sí, es importante.

LIDIA. No, no se han comido el gusano, el cebo continúa en su sitio.

ANA. Bien.

LIDIA. ...

ANA. ...

ROSA. Estoy escribiendo...

ANA. ...

ROSA. Otra novela.

ANA. Ese libro que no te sale...

ROSA. Lo empecé... y no sé seguir.

ANA. No eres una principiante.

ROSA. Siempre se es principiante...

ANA. No te falta oficio. Un periodista tiene el oficio suficiente para escribir, sobre la marcha, veinte líneas o tres folios..., aunque no haya noticia.

ROSA. ¡Eso no es periodismo, cariño!

ANA. Pero en una novela la noticia se la inventa el escritor...

LIDIA. ¡Lo he puesto donde estaba antes! Y no parece que haya mucho movimiento. Los peces parecen haber desaparecido. Como si se los hubiera llevado la corriente.

ANA. Pronto le relevo...

ROSA. No quiero que haya noticia en mi novela...

ANA. No quieres...

ROSA. Y esa es la cuestión.

ANA. No me gustó tu debut como novelista.

ROSA. No te gustó.

ANA. No, nada, pero da igual...

ROSA. Nada...

ANA. Ya, da igual.

ROSA. Nunca dan igual las cosas.

ANA. Lidia, siento que no la estemos dejando leer...

ROSA. Nunca dan igual.

LIDIA. No se preocupe, querida Ana... Lo llevo bien. La lectura, quiero decir...

ANA. Ya, me da igual, Rosa Martínez.

LIDIA. Y su madre me ha dado un enfoque estupendo...

ANA. Pasemos página.

ROSA. ¡Pasar página!

ANA. ¡Sí, las páginas hay que pasarlas! Fue otro de tus éxitos. Uno más. Una raya más para el tigre, como solías decir. ¿Lo dices todavía?

ROSA. ¡Una raya más para el tigre!

ANA. Eres un tigre con muchas rayas... ¿Queda espacio para más rayas?

ROSA. Creo que no voy a escribir esa novela...

ANA. No será por mí.

ROSA. No... No será por ti.

ANA. Menos mal...

ROSA. Era una novela con noticia, pero ya no me sirve la noticia. La noticia tenía que ser mentira... y ha sido verdad. Ya no sirve.

ANA. Tendrás que empezar de nuevo.

ROSA. Como Sísifo.

ANA. ¿Sísifo?

ROSA. El de la piedra y la montaña...

ANA. Como Sísifo.

ROSA. Mi representante, una tía estupenda, la tienes que conocer, con unos ovarios así, me consiguió un contrato fantástico. Treinta mil, de entrada. Pero, el proyecto se ha ido abajo.

ANA. Rosa Martínez, tirando la toalla...

ROSA. No soy novelista.

ANA. Tú eres lo que quieras ser, siempre has sido lo que has querido ser.

ROSA. Me sobrevaloras.

ANA. Esa ha sido tu vida.

ROSA. Ha podido parecer.

ANA. Después del triunfo con tu primera novela, te acojonas ante la segunda...

ROSA. La tenía estructurada..., al detalle...

ANA. ¿Entonces?

ROSA. El argumento entusiasmó a mi representante y fascinó a los editores.

ANA. Y ya no te gusta.

ROSA. Ya no me gusta.

ANA. No te gusta...

ROSA. No me gusta a mí. Y no la voy a escribir.

ANA. ¿Y Sísifo?

ROSA. Sísifo está cansado...

ANA. Los mitos no se cansan...

ROSA. No quiero escribir sobre noticias... No quiero escribir sobre lo que pasa...

ANA. ¡Vaya periodista!

ROSA. Las noticias se repiten... Siempre pasa lo mismo...

ANA. Y no vale la pena contar eso que pasa siempre...

ROSA. Está ya contado, desde Grecia...

ANA. ¿No era desde Shakespeare y Cervantes, que todo había sido plagio?

LIDIA. ¿Pasa algo con Cervantes?

ANA. Que era periodista.

ROSA. Sí, el *Quijote* es el periódico de mañana...

ANA. La vida misma...

ROSA. ...

ANA. ...

ROSA. Apenas he salido de mi casa en estos días. Vivo en el campo, no sé si lo sabes.

ANA. La gente es muy chismosa...

ROSA. Sí, la gente...

ANA. Eduardo es un chismoso...

ROSA. Vendí la casa de los abuelos y me fui al campo...

ANA. No me tienes que dar explicaciones.

ROSA. Allí tienes una casa al lado de la mía, un apartamento aislado, lo hice pensando en ti...

ANA. Un detalle...

ROSA. ¡Un detalle! Sabía que ibas a decir algo así...

ANA. ¡Es un detalle!

ROSA. En estas semanas no he salido de casa.

ANA. Pensando en la novela...

ROSA. Pensando en la novela.

ANA. En que siempre pasa lo mismo...

ROSA. En que siempre pasa lo mismo.



ANA. Desde Grecia...

ROSA. Desde Grecia... Desde Shakespeare... Desde Cervantes... Miraba a las paredes... Solo miraba a las paredes...

ANA. Todo esto, después de que yo te echara de la clínica...

ROSA. Después de que tú me echaras de tu lado.

ANA. Me asustó el verte a mi lado...

ROSA. Estuve a tu lado desde el primer momento.

ANA. Entre brumas, te me presentaste... No sabía que significaba aquella aparición tuya... Ante mis narices...

ROSA. Habías abierto los ojos... Tenías abiertos los ojos... Muy abiertos... Supe que era el momento de tu despertar... ¡Qué felicidad!

ANA. Había notado unas manos... Pero no reconocí tus manos... Eran unas manos grandes...

ROSA. Me llamaron del periódico..., el director, diciéndome lo que había ocurrido... Me fue diciendo lo que iba pasando...

ANA. Unas manos grandes... Fue lo que sentí... Luego, tu cara frente a la mía...

ROSA. Mirando tus ojos abiertos.

ANA. Me pareció una pesadilla.

ROSA. Dos semanas en coma... Hasta que abriste los ojos.

ANA. ¿Me das tus manos?

ROSA. Hasta que abriste los ojos.

ANA. Tus manos...

ROSA. Me las apretabas. Me las aprietas...

ANA. No las reconozco...

ROSA. Han sido muchos años...

ANA. Todos mis años.

ROSA. Yo sí reconozco tus manos.

ANA. Crees reconocerlas.

ROSA. Me recuerdan a las de la abuela.

ANA. Tienes buena memoria. Yo, no.

ROSA. Supe que no reconocías mis manos, que no me reconocías...

ANA. ¿Y tú a mí?

ROSA. ¡Eres mi hija!

ANA. Con el ADN en la frente.

ROSA. ¡Eres mi hija!

ANA. Vale...

ROSA. Aunque no lo quieras ser, eres mi hija.

ANA. Vale.

ROSA. Estos últimos cuatro años han sido horribles para mí.

ANA. No lo parecía, tu actividad ha sido desbordante. Volviste a los papeles con más vigor que nunca. Tras el atentado.

ROSA. ¡El atentado!

ANA. Otra vez, a la primera fila...

ROSA. ¡Fue terrible!

ANA. ¡Para todos!

ROSA. Si lo has seguido..., te habrás dado cuenta.

ANA. Fue lo que fue. Un atentado dantesco. Pero fue lo que fue.

ROSA. Yo he llegado a meterme en la boca de ese lobo.

ANA. La justicia ha dicho lo que ha dicho. Y punto.

ROSA. Yo he llegado hasta la entrañas del monstruo.

ANA. ¿Y qué? ¡Nada!

ROSA. No me dejaron seguir...

ANA. ¿Quién no te dejó? Has publicado todo lo que has querido, y más. Pero la Justicia es la Justicia.

ROSA. Cuando ya lo tenía..., han ido a por mí.

ANA. ¿Qué te han hecho?

ROSA. Tú eres mi hija. Eres lo único que tengo. Tú me tienes que comprender. Llegué a meterme en la boca del lobo...

ANA. En las entrañas del monstruo... ¿Y qué?

ROSA. ¡Me han querido destruir!

ANA. ...

ROSA. Me han seguido... Me han controlado... Han intoxicado a mis fuentes... Las han comprado... Hasta me han amenazado...

ANA. No pensaba... No ha trascendido... ¿Te queda algo por publicar?

ROSA. Lo he publicado todo. Pero no he podido seguir. Ya, aunque quiera, no puedo seguir...

ANA. ...

ROSA. Y la cabeza me falla... Esta me falla... Ha sido una tensión permanente...

ANA. Tanta, que no pudiste, ni siquiera, ver a mi hija cuando nació...

ROSA. No pude...

ANA. Ni después...

ROSA. Esta profesión...

ANA. Tu puta profesión... Una vez más, una vez más, una vez más...

ROSA. ¡Habían sido doscientos muertos!

ANA. Era mi hija.

ROSA. ¡El atentado más sangriento de nuestra historia!

ANA. ¡Era mi hija! ¡La hija de tu hija!

ROSA. ¡Un país que salta por los aires!

ANA. ¿Un país por los aires? ¡Estáis locos!

ROSA. Yo tuve las pruebas en la mano... Me las robaron... Los servicios secretos... Fueron los servicios secretos... ¿Me comprendes?

ANA. No, no te comprendo... Pasó el atentado... Está juzgado... Y...

ROSA. ¿Y qué?

ANA. Que hay que pasar página.

ROSA. Pasar página... Todo lo arreglas pasando página...

ANA. ¿Hay otra forma?

ROSA. La Inteligencia... Ellos comenzaron a mancharme los vestidos de sangre... Sangre del atentado...

ANA. ¿Sangre del atentado?

ROSA. Sangre del atentado... Pero no era sangre del atentado... Era pintura... Así, vestido tras vestido... Falda tras falda... Pantalón tras pantalón... Sangre del atentado... Este vestido es nuevo, todavía no está manchado... ¿Me comprendes?

ANA. Puedo empezar a comprender...

(...)

ROSA. Te decía que en estas semanas no he dejado de mirar a las paredes. La Tata me preguntaba si miraba a las musarañas.

ANA. ¿Cómo está la Tata?

ROSA. Mayor. Está mayor.

ANA. ¿No ha venido?

ROSA. Sí, ha venido conmigo.

ANA. ¿Dónde está?

ROSA. Se ha quedado en el pueblo.

ANA. ¿La veré?

ROSA. Otro día.

ANA. ¿Y si no hay otro día?

ROSA. No depende de mí.

ANA. No depende de ti...

ROSA. Estoy, cada vez, más cansada.

ANA. ¿Cada vez?

ROSA. Cada vez...

(...)

ANA. ¿Hoy no vamos a tener peces?

LIDIA. A pesar de la corriente, nada se mueve.

ANA. Nada se mueve.

LIDIA. ¿Tiro la caña de nuevo? Por cambiar de sitio...

ANA. Sí. Será lo mejor.

LIDIA. No se han comido el cebo.

ANA. Hace una buena temperatura.

LIDIA. Le voy a poner más cebo. ¿Me permite?

ANA. Sí, por Dios... El agua baja muy limpia.

LIDIA. ¿Quiere tirarla usted?

ANA. No, tírela usted. Esto de la pesca le está gustando.

LIDIA. Nunca lo hubiera pensado.

ANA. La pesca, la caza, están con el hombre desde siempre, y no nos damos cuenta... No sé cómo ha podido llegar a gustarme la pesca... Por este camino me puede llegar a gustar la caza... Como a mi abuelo...

LIDIA. Voy a echarla lo más lejos que pueda.

ANA. Muy bien. Lo hace muy bien. Tiene estilo.

LIDIA. Sigo sus enseñanzas...

ANA. Valientes enseñanzas...

LIDIA. No ha caído mal.

ANA. No, no, muy bien.

LIDIA. Nos interesamos por Cervantes, que ha muerto hace cuatrocientos años, y no nos interesamos por los peces, que están ahí, que están aquí, junto a nosotros...

ANA. En el agua.

LIDIA. Don Quijote se queda fascinado al ver el mar... Como las lagunas de Ruidera..., pero a lo grande...

ANA. Pero, un río, un río como este, es más fascinante que el mar.

LIDIA. Para el que haya conocido el mar...

ANA. Con esta fuerza de la corriente...

LIDIA. El río es el origen.

ANA. Volvemos al origen.

LIDIA. El origen...

ANA. El río, el agua, la montaña, la nieve, las nubes... Las nubes...

LIDIA. Las maravillosas nubes... ¿Baudelaire?

ANA. Me sorprende usted.

ROSA. «A quién quieres más, hombre enigmático...»

ANA. ¡Baudelaire! Si mi madre lo confirma..., Baudelaire.

ROSA. «¿A tu padre o a tu madre?»

LIDIA. Baudelaire...

ROSA. «No tengo ni padre, ni madre...»

ANA. Ni padre, ni madre...

ROSA. «Ni hermano, ni hermana...»

ANA. Las nubes.

LIDIA. «Me gustan las nubes...»

ROSA. «Las maravillosas nubes...»

(...)

ANA. Se está bien aquí.

LIDIA. Hasta la hora de la merienda.

ROSA. Nubes en la lejanía... Hagamos tres tiendas...

ANA. ¡Antes de la hora de la merienda!

LIDIA. ¿Tres tiendas? Para Moisés, para Elías y para Cristo.

ROSA. Somos Pedro, Santiago y Juan.

LIDIA. Es el monte Tabor.

ROSA. Y Cristo se transfigura. Se aparece ante todos como será después de la muerte. Todos, con vestiduras blancas. Luego...

LIDIA. Una nube les cubre con su sombra.

ROSA. Y todo vuelve a ser como era: cuatro hombres de carne y hueso, Jesús y sus discípulos, en la cima de un monte.

ANA. Muy chamánico.

LIDIA. O profético. Llegan a ver el resplandor de la muerte.

ROSA. El resplandor de la muerte.

ANA. Es usted cristiana.

LIDIA. Como su madre.

ANA. Ella es culta; no, cristiana.

ROSA. ¿Lo puedes afirmar?

ANA. No. ¿Quién puede afirmar una cosa así?

LIDIA. Se trata de creer o no creer en el resplandor, en la muerte. ¿No?

ROSA. Sara siguió a Moisés al monte Sinaí. Fue testigo de la entrega de las tablas de la ley. Tras un resplandor.

LIDIA. Sara, una mujer.

ROSA. Una mujer, Sara, testigo del resplandor de la muerte.

ANA. Chamanismo frente a la muerte.

ROSA. Lo telúrico, que hemos abandonado.

ANA. Sobre todo, tú.

ROSA. Sobre todo, yo.

LIDIA. Sí, nos hemos alejado de la naturaleza.

ANA. Nosotras volvemos a la naturaleza.

LIDIA. ¿Volvemos?

ANA. ¿Se mueven las aguas?

LIDIA. Las aguas corren.

ROSA. Todo fluye, nada permanece.

LIDIA. Los peces parecen también fluir y no permanecer.

ANA. Nuestros cebos no les fascinan.

LIDIA. Tengamos calma.

ANA. ¿Tengamos fe?

LIDIA. Algo de eso.

ROSA. Fe...

LIDIA. Les dejo con la pesca... Voy a leer un poco... Mi Biblia...

ANA. Nos hemos puesto muy religiosas.

LIDIA. Si comenzamos hablando del *Quijote*...

ANA. Rosa Martínez, fumas demasiado.

ROSA. ¿Qué es fumar demasiado?

(...)

ROSA. Estuve a tu lado tras el accidente.

ANA. ¿Qué buscabas?

ROSA. Lo que quedase de ti.

ANA. Quedaba poco.

ROSA. ¿Y ahora?

ANA. Me voy recuperando... a mí misma.

ROSA. No van mal las cosas.

ANA. Es un combate...

ROSA. Pero vas ganando.

ANA. A veces, tengo esa sensación.

ROSA. Me alegra.

ANA. A veces, tengo la contraria.

ROSA. Serán las menos.

ANA. Son las menos.

ROSA. Estás bien aquí.

ANA. Sí.

ROSA. ...

ANA. Gracias...

ROSA. Eduardo pensó que era lo mejor.

ANA. Siempre, Eduardo.

ROSA. Es un amigo.

ANA. En estos tiempos.

ROSA. En estos tiempos.

ANA. Tengo lagunas.

ROSA. Es lógico...

ANA. Sí...

ROSA. Pero en unas semanas, en unos meses... Con tu pesca...

ANA. Me ayuda...

ROSA. Ya lo veo... Me está atrayendo a mí... Pero yo no tengo río.

ANA. Yo tampoco lo tenía.

ROSA. Somos como peces...

ANA. ¿Lo afirmas o lo preguntas?

ROSA. Le estoy dando vueltas...

ANA. Como los peces al anzuelo...

ROSA. Suponiendo que estén ahí.

ANA. Estarán, no lo dudes.

ROSA. Me siento pez. Un pez sin vida, llevado por la corriente... Sin fuerzas para luchar.

ANA. ¿Por qué estás aquí?

ROSA. He tirado la caña...

ANA. A ver si pico...

ROSA. Podría ser.

ANA. Crees que me necesitas, pero no me necesitas.

ROSA. Esa es mi verdad, que te necesito.

ANA. No, no nos necesitamos.

ROSA. Tú a mí, quizá no me necesites, tienes a Lidia, a tus peces... Por ahora, no necesitas más...

ANA. Quizá.

ROSA. Piensas que no necesitas más.

ANA. Es el plan que me han marcado, que me he marcado...

ROSA. Con lo del atentado he quedado tocada...

ANA. Ya lo veo.

ROSA. Esta, a veces, no...

ANA. Sí... Otra raya más para el tigre... Pero dispararon al tigre, y le dieron...

ROSA. Eso.

ANA. Y en tu casa te quedas mirando las paredes blancas... Porque son blancas, ¿no? Encaladas..., en una casa rural...

ROSA. Sí, son blancas, encaladas.

ANA. Y no puedes seguir con tu nueva novela.

ROSA. No puedo.

ANA. Y has tirado la caña y no pica ningún pez...

ROSA. Tú no picas...

ANA. Si no pico yo...

ROSA. Alguien picará..., ¿no?



ANA. Así es la vida.

ROSA. Parece que ha picado...

ANA. ¿Quién?

ROSA. No sé...

ANA. Si no lo sabes tú...

ROSA. Que algún pez ha picado tu anzuelo...

ANA. ¡Lidia! ¡Han picado! ¡Tira de la caña!

ROSA. Alguien tiene que tirar.

ANA. Dale al carrete...

ROSA. ¿Yo? ¿Qué carrete?

ANA. La manivela...

LIDIA. Así... Con prudencia...

ANA. Es un pececillo.

LIDIA. No tan pececillo.

ROSA. ¿Voy bien?

LIDIA. Muy bien.

ANA. Pero habrá que devolverlo al río. Es demasiado pequeño.

LIDIA. Lo cojo con la red y lo medimos.

ANA. No es necesario medirlo. Se ve.

ROSA. ¿Qué más tengo que hacer?

ANA. Ya, nada.

LIDIA. Sí, es pequeñín.

ANA. Pues lo devuelvo.

ROSA. ¿Pero qué haces? Toda la tarde para pescar un pez y ahora lo tiras al río... ¡No es tan pequeño!

ANA. Antes de que deje de respirar.

LIDIA. Es muy pequeño. Es la ley de la pesca.

ROSA. No era tan pequeño..., yo he comprado, en el súper, peces así...

ANA. Está bien así... Tiene que crecer...

ROSA. Tiene que crecer... ¿Para qué? Para que engorde... La plusvalía... Y para que entonces lo vuelvan a pescar. Está bien esa ley. ¡Puro capitalismo!

(...)

ANA. Volver a empezar.

ROSA. Sísifo... Esto de la pesca, desde luego, temple los nervios...

ANA. Sí.

ROSA. Lleva su ritmo...

ANA. Es su virtud.

ROSA. Ya, ya... Prefiero la lectura. ¿Qué tal el *Quijote*, Lidia? ¿Por dónde vamos?

LIDIA. Voy acabando. Leía la resurrección de Altisidora, para lo cual han de maltratar a Sancho, a lo que él se niega. ¿Qué tiene que ver el que Altisidora resucite con que le muelan a palos a él? Ya está harto de que sea el causante de todas las desgracias y encantamientos.

ROSA. Sancho no es un esquizofrénico.

LIDIA. Todos los sueños de Sancho son ambiciones.

ROSA. ¿Todos los sueños son ambiciones?

LIDIA. También se sueñan desdichas.

ROSA. Eso son las pesadillas.

LIDIA. ¿Les confieso algo? Yo esta noche soñaba que venía a este lugar con Ana. Mientras leía el *Quijote*, Ana desaparecía. Luego, yo empezaba a buscarla por el jardín, y me perdía. No sabía volver a la residencia. Y Sancho, Sancho Panza en persona, que, de repente, aparecía en el sueño, me decía que teníamos que ir al Toboso, en busca de Ana, que allí estaba Ana.

ROSA. ¿Ana era Dulcinea?

ANA. ¡Me gusta su sueño!

LIDIA. No lo sé.

ROSA. ¿Te gusta su sueño?

ANA. Es un bello sueño.

LIDIA. Pero yo no lo he pasado muy bien. Perderla a usted y además tener que viajar al Toboso.

ROSA. Es un pueblo encantador el Toboso.

LIDIA. ¿Ha estado en el Toboso?

ROSA. Sí, en la boda de un amigo, con su novio.

LIDIA. ¿En el Toboso?

ROSA. Un gran amigo.

ANA. Eres muy amiga de tus amigos.

ROSA. ¿Qué es la amistad?

ANA. Voy a tirar la caña. Que el tiempo pasa.

ROSA. Pero, si encima de que se pescan pocos peces, los que se pescan hay que volverlos a echar al río...

(...)

LIDIA. Las maravillosas nubes se van acercando lentamente.

ROSA. Las hemos conjurado. Se acercan. ¿Nos amenazan?

LIDIA. En televisión han dicho que esta noche podría llover por esta zona... Tormentas... Pero, a saber...

ANA. Las nubes pueden ser buenas para la pesca. No he colocado mal el anzuelo...

LIDIA. Nos queda media hora.

ANA. Una eternidad.

ROSA. Así que Altisidora resucita...

LIDIA. Eso se dice. Sale de la muerte, donde un ejército de diablos juega a la pelota con libros... Uno de esos libros será una segunda parte del *Quijote*... ¡Falsa, por supuesto!

ROSA. Como si alguien escribiera una historia diferente de la nuestra...

ANA. Un fantástico infierno.

ROSA. ¿Tú, Ana, no tuviste una visión como Altisidora? Con demonios jugando a la pelota en el otro mundo...

ANA. ¿Cuándo?

ROSA. Cuando tu accidente.

ANA. Lo mío no fue una muerte. Y tampoco ha sido una resurrección... Pero, sí, al despertar, vi a un demonio...

ROSA. Los demonios son ángeles... ¿No, Lidia?

LIDIA. Ángeles caídos.

ROSA. Pero, ángeles... Soy tu ángel, Ana.

ANA. Creía que eras mi madre.

ROSA. ¿Me lo reconoces?

ANA. ¡Cómo no reconocerlo! Pero eso es el pasado. Fuiste mi madre y lo dejaste de ser.

ROSA. Yo sigo encerrada en ese pasado.

ANA. Pasa página.

ROSA. Tú me cerraste la puerta.

ANA. ¿Hay puertas en la vida? En todo caso, tú misma te encerraste.

ROSA. No me gusta mi pasado.

ANA. Sal de tu pasado.

ROSA. Para eso, te necesito...

ANA. Si no sabes quién soy.

ROSA. Es posible. No sé ni yo misma quién soy ahora.

ANA. Búscate...

ROSA. Te busco a ti... Por eso estuve dos semanas al borde de tu cama, día y noche, hasta que despertaste... Este accidente ha servido para eso, para buscarte.

ANA. ¿Y me has encontrado?

ROSA. Sigo buscándote.

ANA. Yo no quiero encontrarme contigo. Búscate otro compañero de viaje. ¿Eduardo no te sirve?

ROSA. Eduardo es un amigo. Como lo sigue siendo tuyo. ¿O no?

ANA. Eduardo es historia.

ROSA. Para mí sigue siendo un buen amigo.

ANA. Sí, eso.

ROSA. Un buen amigo...

ANA. Búscate un buen amante.

ROSA. Lo he tenido.

ANA. ¿Ya, no?

ROSA. No.

ANA. Tendrás que comenzar de nuevo, como Sísifo, como un pescador...

ROSA. Fueron seis meses de relación... Con nadie he estado tanto tiempo...

ANA. ¿Con nadie?

ROSA. Seis meses y tres semanas.

ANA. ¡Qué precisión!

ROSA. Y cinco días.

ANA. No tienes por qué confesarlo...

ROSA. No tengo secretos para ti... Y Lidia es como un confesor. ¿Qué mejor? ¿Verdad, Lidia?

LIDIA. Iba a seguir con Altisidora...

ROSA. Esto le resultará más interesante.

ANA. Todavía está sin publicar.

ROSA. Sí, es una primicia.

LIDIA. No sé si sería conveniente para Ana... Es mi enferma.

ANA. No se preocupe, Lidia. Nada de lo que haya hecho Rosa Martínez me puede afectar.

ROSA. Fue un compañero del periódico. Un joven periodista.

ANA. ¿Un becario?

ROSA. Si quieres llamarlo así.

ANA. Si era un becario, era un becario.

ROSA. Era un becario.

ANA. Le sedujiste.

ROSA. O él me sedujo a mí.

ANA. Desde luego, seis meses son seis meses.

ROSA. Seis meses, tres semanas y cinco días.

ANA. Seis meses, tres semanas y cinco días.

ROSA. Acababa de trasladarme al campo...

ANA. Va a resultar muy idílico...

ROSA. Era muy culto para su edad.

ANA. Una ventaja.

ROSA. Se interesó por mi biblioteca.

ANA. Eso se llama irse por las ramas...

ROSA. Todavía no estaban ordenados los libros...

ANA. Por la mudanza.

ROSA. Por la mudanza. Me ayudó a colocarlos.

ANA. Aquí, la *Lolita*, de Nabokov. Allí, el *Macbeth*, de Shakespeare.

ROSA. Me fascinó su juventud...

ANA. Su sexo.

ROSA. Exactamente, su sexo.

ANA. Y fuiste su vampiro.

ROSA. Coincidió con la investigación sobre el atentado.

ANA. Su mantis religiosa.

ROSA. Cuando me empezaron a seguir.

ANA. ¡Lo devoraste!

ROSA. ¡Lo devoré!

ANA. Es un dato importante.

ROSA. Creo que empiezo a ver mi vestido manchado de sangre...

ANA. Y te dejó.

ROSA. Me dejó.

ANA. El becario.

ROSA. Tengo el vestido manchado de sangre...

ANA. ¡Qué cabrón!

LIDIA. Rosa, venga a sentarse en el banco. Ana, ¿cómo va la pesca?

ANA. Los peces no quieren hoy jugar con nosotras.

ROSA. Una noche...

LIDIA. Rosa...

ROSA. En nuestra noche más apasionada, al llegar al orgasmo, en pleno éxtasis, me dijo: «Te quiero, madre. Te quiero, madre. Te quiero, madre». Tres veces. Después, ya no nos dijimos nada.

ANA. Rosa Martínez, siempre, una madre...

ROSA. Tengo el vestido manchado de sangre... Puede que lavándolo en el río...

LIDIA. Cálmese, Rosa.

ROSA. Le oí marcharse de madrugada... y después...

ANA. Rosa quiere contarnos qué pasó con su Romeo...

ROSA. Mierda pasó.

ANA. Quiere contarnos...

ROSA. Que soy mierda. Estoy manchada, de mierda y de sangre. Y te mancho con mi mierda y con mi sangre. Me tengo que lavar, me tengo que limpiar. ¿Por dónde se baja al río, Lidia?

ANA. Te puedes tirar desde aquí.

ROSA. ¿Por dónde se baja, Lidia?

LIDIA. ¡Rosa, abráceme! ¡Abrácame fuerte! No pasa nada. Hay nubes en el cielo. Por aquí no se puede bajar al río. Usted me está abrazando. Yo la estoy abrazando. No hay sangre en su vestido. No hay mierda en su vestido. Estamos abrazadas. Hay nubes en el cielo. Siéntese aquí. Tranquilícese.

(...)

LIDIA. Ana, lo siento mucho pero hay que dar por terminado el paseo.

ANA. No, todavía, no. No es la hora. Todavía no es la hora.

LIDIA. Lo siento. Ana, recoja su caña. Nos vamos.

ROSA. ¡No, todavía no! ¡Por favor!

ANA. Mi madre no quiere que nos vayamos.

LIDIA. No me fuerce a llamar a la seguridad.

ROSA. No, no podemos irnos. No ha acabado el tiempo.

ANA. No ha acabado el tiempo. Es nuestro último tiempo.

ROSA. Estoy bien, Lidia. Ya estoy bien.

ANA. Yo también estoy bien. Todas estamos bien.

ROSA. Es nuestro último tiempo.

LIDIA. Siga el combate, entonces.

ROSA. ¿El combate?

(...)

ANA. No quieren picar... Cuesta que piquen... Hay que esperar... Siempre hay que esperar... Esperar el momento... Y hay que estar atentos... Para, en el momento en el que piquen, capturar la pieza... Yo también fui una becaria... Pero no tuve ninguna aventura con ningún jefe... He trabajado mucho... El trabajo ha sido mi sexo... Bueno, no solo el trabajo, pero casi... Estuve tres años en el banco en el que gracias a tu ayuda entré de becaria... El segundo año, en París...

ROSA. París...

ANA. Luego, Londres... Ni una llamada de teléfono tuya... Madrid, otra vez... Ni una llamada... Se me dio bien... Estuve atenta a las ocasiones... A los tres años de trabajar en el banco en el que tú hiciste posible que entrara de becaria, el fichaje por uno de los grandes fondos de inversiones del mundo... Fue noticia en las páginas económicas de tu grupo... La multinacional decidió que había que cuidar España y fichar a los mejores... Yo era de los mejores... Un gran momento... El gran «boom»... Capitales extranjeros queriendo invertir aquí y capitales de aquí queriendo invertir en el resto del universo... Dinero, dinero, dinero... Publiqué algunos artículos en la competencia... Alguno, sonado... Ni una llamada tuya... Un día, estando en Miami, me entero por Internet de que vas a publicar una novela sobre la relación de una madre con su hija, una familia monoparental, dos generaciones enfrentadas, pero que «no tiene nada de autobiografía»... El mismo día en que se puso a la venta, la compré... Todavía me tiembla el alma... Un gran éxito... Ni una llamada tuya... Ni una puta llamada... Y contabas nuestra historia... ¡Mi historia! Me ofrecieron la dirección de la empresa en México... Pedí una semana para pensarlo... Me fui al parador de Manzanares, en La Mancha, no sé por qué... Estaba cerca... Era septiembre... No sé... ¡Don Quijote, Lidia!

LIDIA. Don Quijote...

ANA. Y decidí una quijotada... Decidí que iba a tener un hijo... Como tú... ¿De quién? Ya se vería... ¿Fecundación «in vitro»? No, por favor... Cuestión de agenda... Y ruptura con la empresa... Crearía una asesoría... No fue difícil encontrar al padre de mi hijo, que fue hija... Él, ni se enteró... Una buena cabeza, un buen cuerpo, practica varios deportes, es judío, hecho a sí mismo... Fue su padre, sin saberlo... Quise que ella se llamara Rosa, como tú... Rosita... Te enteraste por Eduardo de su nacimiento, me llamaste, entonces sí, pero no te dignaste pasar a verla... Tu investigación del atentado, dices... No viniste... No viniste... Fundé la asesoría... Un acierto pleno... Todo iba bien... Muy bien... Cuando...

LIDIA. Ana, no creo que...

ROSA. ¡Déjela! Es su vida...

ANA. Todo iba muy bien...

ROSA. Es su vida..., y la mía.

ANA. Casi tres años de asesoría... En tiempos que se avecinaban de crisis en una gran parte del mundo... Pero, una buena ocasión para invertir... Los tiempos de crisis son los mejores... Si sabes de qué va esto... Buenos tiempos... Inmejorables... La confianza es lo que cuenta... Confianza y saber... Todo, bien... Rosita iba creciendo... Un amor... Cada día, a su lado... ¡Cada día, a su lado! Yo la amamanté... Yo la ayudé a crecer día a día... No sé cómo pude sacar adelante la empresa y estar cada día con mi hija... Tengo buena gente a mi lado, es cierto... Los tres veranos nos fuimos las dos al mar... Lo que yo no había hecho nunca... Tú y yo no habíamos ido nunca al mar en el verano... El último verano, Rosita y yo, nos fuimos a Sicilia... No sé por qué... Fue magnífico... Rosita hablaba mucho... Se despertaba antes que yo. A las siete ya estaba en pie. A veces, esperándome al pie de mi cama. Me daba besitos de ángel para despertarme. Nos arreglábamos y a las ocho ya estábamos en el comedor, para desayunar. El desayuno para ella era un rito... Luego, la playa, la playa, la playa... Y comenzó el curso... El colegio... Qué ilusión... Siempre, la primera por las mañanas... El día maldito, también... Desayunó fuerte... «¡Hay que desayunar fuerte!» La llevé por la mañana al colegio... «¡No te pelees con nadie!», me dijo al dejarla. Fue un día de perros... Tenía una negociación bastante fuerte con un cliente por una fusión... Me costó, pero impuse mi tesis... Casi no llego a la hora de la salida del colegio... Se había puesto a llover... Caían chuzos de punta...



Llegué a tiempo... La recogí... Y nos fuimos para casa... «No te has peleado con nadie, ¿verdad?», me preguntó antes de que, en aquel cruce, el maldito coche negro se saltara el stop... No te has peleado con nadie... No te has peleado con nadie...

ROSA. Ana...

ANA. No quiero...

ROSA. Hija...

ANA. No quiero tu compasión.

ROSA. Estoy a tu lado.

ANA. No quiero que estés a mi lado.

ROSA. Me tienes a mí...

ANA. Me tengo a mí.

ROSA. Llamaré a María Fuentes...

ANA. María...

ROSA. Por si vive Borges.

ANA. ¿Borges? Sí..., gracias.

ROSA. Y si no quieres verme más...

ANA. Borges..., gracias.

ROSA. Siempre habrá algún río...

ANA. Borges.

ROSA. Borges fue muy amable conmigo en Buenos Aires, en su casa en el cruce de Maipú y Charcas. «Me gusta ese vestido rojo que usted lleva», me dijo... «¿Pero no era ciego?», me dije... «Hoy, por esta entrevista con usted, me he privado de mi paseo por el parque de San Martín, aquí cerca. Un paseo que me permite en su recorrido hacer un soneto. Hoy no habrá soneto... Por su culpa...»

(...)

LIDIA. ¡Ana, Ana! ¡La caña se mueve! Parece un gran pez. Vamos a ver. ¡Oh, sí! Es un pez formidable. ¡Ana, mire! ¡Venga, por favor! ¡Tiene que ayudarme!

ANA. Al fin... Déjeme la caña. Coja la red. La vamos a necesitar. No te escapes. Te has comido el gusano y tienes tu merecido.

LIDIA. ¡Es espléndido! ¡Acérquelo más! Muy bien. Ya es mío.

ANA. Se revuelve el muy ladrón. Pero ya parece que se entrega.

LIDIA. ¡Enhorabuena! ¡Es el mejor que ha pescado!

ANA. Que hemos pescado... Las tres...

ROSA. ¿Una raya más para el tigre?

ANA. Un raya más para el tigre.

ROSA. No sé si me cabrá...

ANA. Preparemos otro cebo. Hay que aprovechar los buenos momentos... ¿No?

LIDIA. ¡Por supuesto!

(...)

ROSA. Voy a aprender a pescar.

ANA. No creo que sea el deporte más adecuado para tu carácter.

ROSA. Es para estar cerca de un río.

ANA. Si es por lo del río...

ROSA. Es por mí...

ANA. No te olvides de Borges...

ROSA. Me voy olvidando de las cosas...

ANA. Como todos.

ROSA. Querría olvidarme de mí...

ANA. Eres muy importante para eso.

ROSA. Olvidarme de mí, y ser otra.

ANA. No es fácil.

ROSA. ¿Si fuera esa otra, me admitirías?

ANA. Según y cómo fuera esa otra.

ROSA. Pasar página, como tú dices.

ANA. Se pasa página en el mismo libro. El libro continúa siendo el mismo.

ROSA. No me gusto.

ANA. Pasa página, pero de tu libro.

ROSA. Quiero un nuevo libro.

ANA. Eso es una nueva vida.

ROSA. Contigo.

ANA. Tu vida es tu vida y mi vida es mi vida.

ROSA. Mi libro está en blanco.

ANA. Ya puedes empezar a escribir tu nueva novela...

ROSA. Estoy aquí porque quiero pedirte tu ayuda...

ANA. Pero no puedes pedirme mi vida...

ROSA. Hoy por hoy, solo me importas tú. El día más desafortunado de mi vida fue aquel en el que saliste de casa hacia París.

ANA. Hace diez años. En diez años, no parece que te haya importado mucho.

ROSA. Tu gran salto, en tu primer empleo. Que lo tuviste por mí...

ANA. Y por mi licenciatura, mi doctorado y mis másteres...

ROSA. Me reprochaste lo que era, una periodista famosa con muchos amantes...

ANA. No te reproché eso.

ROSA. Que tú no eras nadie...

ANA. Vale.

ROSA. Y que yo y los que eran como yo habíamos hecho una sociedad que no te gustaba.

ANA. Era cierto y sigue siendo cierto.

ROSA. Que habíamos querido cambiar el mundo y, que sí, que lo habíamos cambiado...

ANA. La verdad.

ROSA. «Debajo de los adoquines nunca estará ya la playa», me dijiste.

ANA. Retórica, pura retórica.

ROSA. Que no querías nada de ese pasado que era el mío. Ni el osito White que te regaló tu abuelo...

ANA. ¡Empezaba a vivir!

ROSA. Ni el vestido de boda de la abuela, que fue de la bisabuela..., y que nunca me puse. «¿Qué quieres que haya? ¿Lo que no has hecho tú?», me dijiste.

ANA. ¡Rosa Martínez!

ROSA. De eso, todavía me acuerdo. Mi «alzheimer» me deja recordar cosas como éstas. Sin duda, porque las tengo bien grabadas.

ANA. Rosa Martínez, eso pasó hace diez años. No recuerdo si fue así o no.

ROSA. ¿Tienes mala memoria?

ANA. Posiblemente, mejor que la tuya.

ROSA. «¿Qué quieres que haga? ¿Lo que no has hecho tú?» ¿Lo recuerdas?

ANA. Mejor que tú.

ROSA. «Debajo de los adoquines nunca estará ya la playa»...

ANA. Sí, debajo de los adoquines estaba la globalización...

ROSA. Una trampa en la que hemos caído todos. Los de mi generación y los de la tuya.

ANA. ¿Te parece mal la globalización?

ROSA. ¿A ti, no?

ANA. ¿Qué es lo bueno y qué es lo malo?

ROSA. Ya no lo sé...

ANA. Aquel día me contaste tu aventura con el carrito de la Plaza de Oriente, al que te subía el abuelo cada domingo...

ROSA. El carrito de las campanillas...

ANA. Y tu pesadilla, cuando te alejabas despidiéndote de tu padre...

ROSA. No sé a qué viene recordar ahora lo del carrito de las campanillas...

ANA. No, quiero recordar tu pesadilla, en la que te despedías de tu padre...

ROSA. Todavía la sigo teniendo...

ANA. Entonces te dije que, en aquel momento, era yo la que te decía adiós desde el carrito.

ROSA. No lo recuerdo.

ANA. No recuerdas lo que no quieres recordar.

(...)

LIDIA. Las nubes cubren el cielo totalmente. Tenemos que marcharnos. Antes de que nos pille una tormenta.

ROSA. No podemos marcharnos ahora.

ANA. No, no podemos marcharnos, estamos llegando al final.

LIDIA. Como en una obra de teatro...

ANA. Algo así.

ROSA. Queremos ver cómo acaba todo...

LIDIA. No sé cómo puede acabar, pero, desde luego, los papeles están asumidos perfectamente. Cada una de ustedes son personajes que tienen muy claro lo que quieren. Ninguna de las dos va a ceder. Están condenadas a estar separadas. De lo contrario, todo podría terminar mal.

ROSA. Eso es lo que no sabemos. Y no sé a qué vienen sus palabras... Esta intromisión... ¡Que esto es una obra de teatro! ¡Que somos actrices! ¿Y usted, qué es?

LIDIA. Soy lo que soy. ¡No quiero que esto acabe en tragedia!

ROSA. ¿No es esto ya una tragedia? ¿En qué mundo vive?

LIDIA. Está a punto de caer una tormenta y tenemos que marcharnos. Además, el tiempo del paseo ha terminado.

ROSA. El tiempo del paseo... El final del paseo... Es el momento de hacer balance...

LIDIA. ¿Balance?

ROSA. ¡De mi vida!

LIDIA. ¿Ahora? ¿Aquí?

ROSA. ¡Ahora! ¡Aquí! ¿Cuándo, dónde mejor?

ANA. ¿Por qué no? ¡Ánimo! ¡Última escena!

ROSA. Planteamiento, desarrollo y desenlace: he fracasado... Tuve ideales, luché por ellos y están por los suelos... Sí, debajo de los adoquines estaba la globalización... La maldita globalización... El auténtico fantasma que invade el mundo... La crisis permanente... *Cui prodest?* ¿A quién beneficia?

ANA. ¡Bien! ¡Bravo, Rosa Martínez!

ROSA. Soy basura, sí... ¡Mierda! Es verdad que soy mierda... ¿Crees que a mí me gusta esta mierda que se pega a mi cuerpo? Y sé que estoy manchada de sangre... ¿Crees que a mí me gusta esta sangre que tiñe mis vestidos? Mierda y sangre que me precipitan en el vacío... Estoy dando la vuelta a la última esquina de mi camino y todo lo que veo en el futuro es la nada. Y miro hacia el pasado y lo que veo es también la nada. Solo tengo este presente. ¡Esta última escena! Estos minutos que nos quedan en esta obra de teatro...

ANA. Toda la atención de los espectadores en Rosa Martínez...

ROSA. Solo tengo este presente, en el que estamos tú y yo, una madre y una hija, porque haya pasado lo que haya pasado somos una madre y su hija. O una hija y su madre. Y en este, mi presente, lo único que tengo, está también este árbitro, que es nuestro Mefistófeles, o nuestro Daimon... ¿Lidia Cerbero? ¿Cómo has venido a parar aquí? ¿Algún encantamiento cervantino? ¿Cómo han emparentado en ti la vida y la muerte? Pero, no me quejo, soy hermana tuya. Yo también llevo en mí la vida y la muerte. Es mi agonía. Por eso, no me quites, ahora, mi agonía. Ni me robes mi tiempo. Sé que voy a perder esta partida, pero no me quites mi tiempo. No bajas todavía el telón. Mi verdugo está preparado para ejecutar la sentencia.

ANA. ¿Quién es aquí el verdugo, Rosa Martínez?

LIDIA. Ana, no puedo permitir...

ROSA. Cómo que no puede permitir...

ANA. Déjenos, Lidia... Todavía puede picar algún pez... Los últimos momentos son los mejores... Es la agonía... Ellos, los peces, no lo saben... Nosotras, sí...

ROSA. Desde que dejé el hospital he estado mirando las paredes blancas de mi casa. Sin hacer nada más. Bueno, sí. Un día, una noche, quemé mi nueva novela...

ANA. ¿La novela que no podías escribir?

ROSA. La tenía escrita cuando ocurrió tu accidente...

ANA. ¿Escrita?

ROSA. La acababa de terminar.

ANA. ¿Y la has quemado?

ROSA. La quemé.

ANA. Me sorprendes.

ROSA. Tu madre siempre te ha sorprendido... Estaba acabada. Después de lo del hospital, después de que me echaras del hospital, después de que me echaras de tu vida..., la quemé... El día de Navidad. La noche de Navidad. Tuvo su ritual. Algunos amigos me habían propuesto cenar con ellos. Mi propia agente. Rechacé su invitación. Muy educadamente. Que iba a cenar con mi hija...

ANA. ¡No ibas a cenar conmigo!

ROSA. Sí, iba a cenar contigo.

ANA. Rosa Martínez...

ROSA. Preparé una magnífica cena. Como solía hacerlo tu abuela en ese día. Lombarda y pavo. Cenamos temprano.

ANA. ¿Cenamos?

ROSA. Al acabar la cena, brindamos con champán. Luego, nos sentamos junto a la chimenea y te leí la novela. De principio a fin. Al acabar la lectura arrojé la novela al fuego.

ANA. ¿Arrojaste la novela al fuego? ¿Y yo qué hice?

ROSA. Nada... En ese momento tú ya estabas en el hospital.

ANA. ¿En el hospital?

ROSA. ¿No pasaste la noche de Navidad en el hospital?

ANA. No estás bien...

ROSA. Sé que no estoy bien...

ANA. Quemaste tu segunda novela...

ROSA. Continuación de la primera...

ANA. Pero la tienes en tu ordenador...

ROSA. Tras quemar el original de papel, fui a mi ordenador y borré todos los archivos... Los quemé también...

ANA. Y seguiste mirando las paredes...

ROSA. Acababa mal... Por eso la quemé, por eso la destruí... El último capítulo narraba un accidente... La novela recorría las vidas de la madre y de la hija de mi primera novela en los últimos diez años... La hija había progresado mucho... Era una gran economista, reconocida aquí y fuera de aquí... Últimamente, había creado una asesoría que marchaba viento en popa... Y había tenido un hijo... La madre seguía con su carrera literaria. Muy bien. Había escrito dos biografías autorizadas de dos destacadas políticas, que arrasaron en las listas de los libros más vendidos. Se esperaba una nueva novela suya. Vivía en el campo. Tenía un cuatro por cuatro muy potente, muy seguro... Se acercaba la Navidad y quería reconciliarse con su hija, con la que por determinadas circunstancias, el periódico, los libros, los viajes..., no había tenido mucha relación en los últimos años. Ninguna relación. Una Navidad de las tres, ella, su hija y su nieta, que había sido niña... Una tarde la madre llama a su hija, que va a ir a verla, a verlas, a ella y a su nieta, a su casa. La hija se opone, ni se te ocurra, y le cuelga el teléfono... La madre ha llamado con su móvil desde las cercanías de la casa de su hija. Una avenida la separa de la casa de su hija. Pone en marcha su cuatro por cuatro. Espera al cambio del semáforo. Ya puede pasar. Acelera. Al fondo ve que de la casa de su hija sale precipitadamente un automóvil que sin respetar las señales va a cruzar la calle que ella atraviesa en ese momento. Es su hija la que va en el automóvil, con una niña en su interior, en el asiento del copiloto. Su hija ha pisado el acelerador tan a fondo que no puede controlar el vehículo..., que va a empotrarse en el cuatro por cuatro.

ANA. No...

ROSA. La madre, antes de perder el conocimiento, ve cómo la cabecita de su nieta, que no ha debido de tener puesto el cinturón de seguridad, se estrella contra el parabrisas.

ANA. No, no, no...

ROSA. Por eso quemé la novela...

ANA. ¡Estás mintiendo!

ROSA. Por eso te cuidé durante dos semanas...

ANA. La niña, no...

ROSA. Y te alenté a vivir...

ANA. ¡Eres una bruja! ¡Apártate de mi vida! ¡Has matado a mi hija!

ROSA. ¡Tienes que vivir! ¡Tienes que vivir! ¡No dejé de decírtelo durante las dos semanas!

ANA. ¡Apártate de mi vida!

ROSA. No te das cuenta, pero solo me tienes a mí...

ANA. ¡Has matado a mi hija!

ROSA. Eres tan fracasada como yo...

ANA. ¿Qué pasaba, después, conmigo en tu novela?

ROSA. La novela acababa cuando la cabecita de la niña se estrella contra el parabrisas...

ANA. No sé por qué Rosita no llevaba puesto el cinturón de seguridad...

ROSA. Coge mi mano...

ANA. Yo tenía una sillita azul...

LIDIA. No puedo permitir...

ROSA. No se entrometa.

ANA. ¿Dónde está Borges?

ROSA. Murió también.

ANA. Yo no he fracasado.

ROSA. Tu mundo ha fracasado...

ANA. ¿Dónde está mi sillita azul?

ROSA. Dame tu mano.

ANA. ¡No!

ROSA. Solo me tienes a mí.

ANA. Me tengo a mí.

ROSA. ¿Y quién eres tú?

ANA. Mi hija.

ROSA. No sé ya quién eres...

ANA. Soy mi hija.

ROSA. Las cenizas de tu hija están en mi casa. En tu apartamento. Me ocupé de su entierro. En el crematorio, yo pronuncié unas palabras. Fui la sacerdotisa. Hablé de ella, de lo que no había llegado a ser; ha-



blé de ti, de lo que eres; hablé de mí, de lo que ya no soy... También, recé un padrenuestro. Me costó recordarlo... Luego, la incineraron. Recogí la urna. Allí está ella. Tu infierno.

ANA. Mi infierno...

ROSA. «En su ataúd la llevaron / con el rostro descubierto / y sobre la sepultura / llovieron todas las lágrimas»

ANA. Hay muchas nubes.

LIDIA. Puede empezar a llover. Vámonos, Ana. No han picado. Nos llevamos tu pez.

ANA. Nos lo comeremos...

LIDIA. Lo llevaré a la cocina...

ANA. Se nos olvidan los gusanos... Para mañana.

*Salen ANA y LIDIA.*

(...)

*Entra la TATA.*

TATA. Señora, me he permitido... Amenaza lluvia... He cogido el paraguas...

ROSA. Oh, rosa de mayo / amable niña...

TATA. ¿Se ha ido la niña?

ROSA. Se ha ido...

TATA. Me hubiera gustado verla...

ROSA. Ha cambiado mucho...

TATA. ¿Está bien?

ROSA. Se va recuperando...

TATA. ¿Y usted?

ROSA. Nada nuevo... Esta cabeza...

TATA. Está muy oscuro... Va a caer una buena tormenta... ¡A lo mejor, de pronto, cae un rayo! ¡A lo mejor, de pronto, un golpe de sangre te para el corazón!

ROSA. No te pongas trágica...

TATA. La trágica es usted.

ROSA. Hemos estado pescando.

TATA. ¿En este río?

ROSA. Hemos pescado un pez muy grande...

TATA. El río va crecido...

ROSA. El deshielo de las nieves...

TATA. Es caudaloso...

ROSA. Todo fluye, nada permanece...

TATA. Un bonito sitio... Si no lloviera...

ROSA. No creo que llueva.

TATA. ¿Con estas nubes?

ROSA. ¿Nos vamos?

TATA. Nos iremos.

ROSA. ¿Por qué abres el paraguas?

TATA. Por si acaso.

ROSA. Es un río hermoso.

TATA. Sí.

ROSA. Como una tumba.

TATA. Sí.

ROSA. Como una tumba.

*Salen.*

En la Alcazaba, en casa de Carmen Ballvé. Verano de 2008.